

Un ejemplo de Industrialización del siglo XIX en España: la Fábrica de Hilados y Tejidos de Yute en Dos Hermanas (Sevilla)

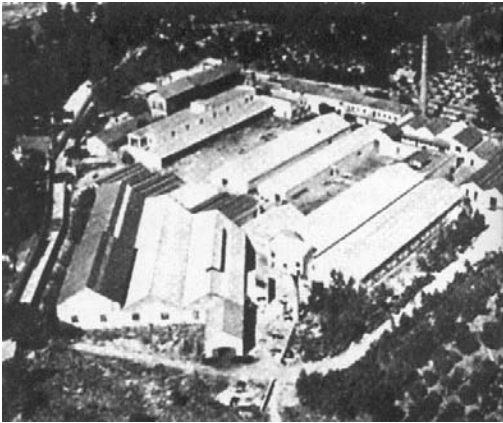
Título: Un ejemplo de Industrialización del siglo XIX en España: la Fábrica de Hilados y Tejidos de Yute en Dos Hermanas (Sevilla). **Target:** Profesores de Geografía de cualquier nivel (Secundaria o Universitarios). **Asignatura:** Geografía Humana. **Autor:** Fernando Ortega Postigo, Licenciado en Geografía e Historia. Doctor en Historia del Arte., Profesor de Geografía e Historia en Educación Secundaria..

Dos Hermanas, pese a ser actualmente el municipio más poblado de la provincia de Sevilla con casi 130.000 personas, era a finales del siglo XIX una pequeña localidad que alcanzaba poco más de 10.000 habitantes. Su economía estaba dedicada, de forma sustancial, a larga tradición andaluza de tareas agrarias ligadas de manera esencial a la ancestral trilogía mediterránea del cultivo del trigo, la vid y fundamentalmente del olivo. Las escasas y pequeñas industrias nazarenas de aquella época estaban dedicadas a las almazaras del aceite de oliva y a la preparación y envasado de la aceituna de mesa, labor en la cual Dos Hermanas alcanzaría fama nacional e internacional durante todo el siglo XX, cuando estuvieron activos al mismo tiempo más de veinte almacenes ligados a esta actividad, que proporcionaban, y han provisto durante el siglo pasado, la mayor riqueza del municipio y que, tras el paso del tiempo, han ido perdiendo relevancia hasta la actualidad frente a otras actividades postindustriales ligadas al sector terciario.



Vista actual de la chimenea de la antigua fábrica de Yute.

Hasta la década de los 60 del siglo XIX, la expansión de la pequeña ciudad hacia el este se vio frenada por la antigua vía del ferrocarril que recorría la ciudad de norte a sur conectando las ciudades de Sevilla y Cádiz, en la gran línea radial que se prolongaba finalmente hasta Madrid, y que había sido construida pocas décadas antes. El núcleo urbano, al oeste, fue creciendo lenta, pero inexorablemente, hasta el mismo límite que representaba la línea del tren, que, siendo una importante barrera de expansión urbanística, vino paradójicamente a dar una solución industrial ideal, por la facilidad que proporcionaba el transporte de mercancías por ferrocarril, para la implantación de una nueva industria que era por entonces totalmente desconocida en esta localidad.



Vista aérea de la fábrica desde el este, hacia 1920. La chimenea es visible arriba, a la derecha.

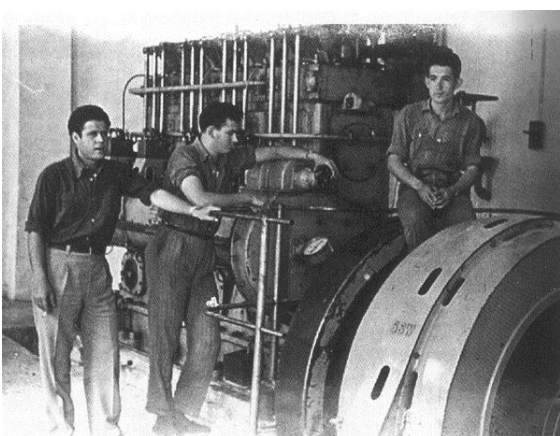
Manuel Alpérez Bustamante, hijo de una familia de banqueros y financieros oriunda de Italia, adquiere entre 1860-65 un extenso solar en el lado este de la línea férrea, ocupado hasta entonces por terrenos rurales no habitados sembrado de pinares, donde funda en 1870 la **Fábrica de Hilados y Tejidos de Yute**. Trasladando su vivienda del centro de Sevilla a una gran mansión en Dos Hermanas donde vivirá el resto de sus días, Alpérez se encargará personalmente de su nueva industria contribuyendo extraordinariamente al progreso económico de la ciudad.

Durante prácticamente un siglo, esta fábrica dedicó una importantísima actividad a la fabricación de calzado de alpargatas y sacos de arpillera, dos productos muy utilizados para las

tareas agrícolas desde mediados del XIX y durante gran parte del siglo XX en toda España y buena parte de Europa. El yute era traído en barcos desde los países productores en el Lejano Oriente —India, Pakistán y China— hasta el puerto de Cádiz o al de Sevilla, desde donde era transportado en ferrocarril hasta esta factoría de Dos Hermanas.



La barrera que representaba la línea de tren fue superada por la establecimiento en el mismo lugar de un paso a nivel y por la construcción de todo un barrio de trabajadores, hoy ya desaparecido —llamado popularmente de “San José” —, donde residían los obreros más pobres que trabajaban en la recién inaugurada fábrica y que habían llegado de otras localidades cercanas —Alcalá de Guadaíra, Los Palacios y Villafranca, Utrera...— como mano de obra indispensable para el desarrollo de la actividad. El resto del personal laboral procedía del mismo pueblo de Dos Hermanas, del lado oeste de la línea férrea.



Como primera labor, Alpérez montó una enorme grúa al pie de la línea de ferrocarril, en la misma estación de trenes de Dos Hermanas, al objeto de descargar la maquinaria importada de Inglaterra que haría falta para la producción de arpillera de yute de su proyectada fábrica. Al mismo tiempo, llegaron unos técnicos británicos para su montaje, dado que en España no había experiencia previa suficiente para poder realizar dicha tarea. Se trajeron del Reino Unido una cabeza de filatura, compuesta por cardas, manuales, mecheras y máquinas de hilar compradas en Manchester.

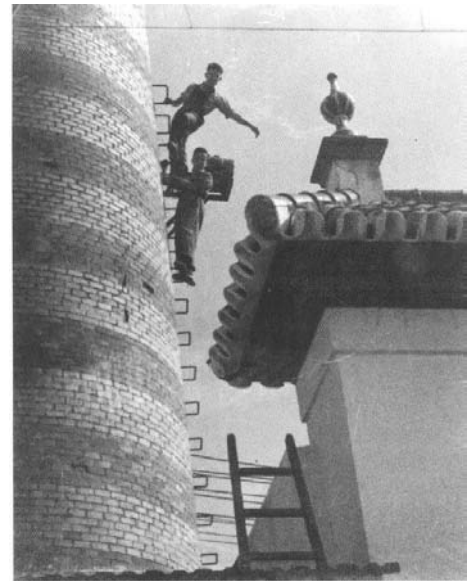
Para poner todas estas máquinas en movimiento era imprescindible montar una gran máquina de vapor movida por dos grandes calderas, alimentadas de carbón mineral, que produjeran la energía necesaria para su funcionamiento, para lo cual, obviamente, hubo de construirse, al objeto de evacuar los gases de la combustión, una de las mayores chimeneas que perviven en la provincia de Sevilla. Uno de los pocos restos, junto con una caseta de un antiguo transformador eléctrico y un depósito de agua de esta gran fábrica ya desaparecida.

El proceso de fabricación de la arpillera de yute era complejo y requería cierta especialización de la mano de obra que gradualmente, con la oportuna indicación de los técnicos ingleses, fue adquiriendo la suficiente experiencia para poner en marcha la recién inaugurada factoría. Llegados de Gran Bretaña los primeros telares y urdidores, era necesario preparar el material de yute en las ovilleras, encarretadoras y canilleras que convertían el yute en fibras de hilo para su tejido. Al final, las tejedoras colocaban las canillas en las lanzaderas para ir planteando la trama de la arpillera.

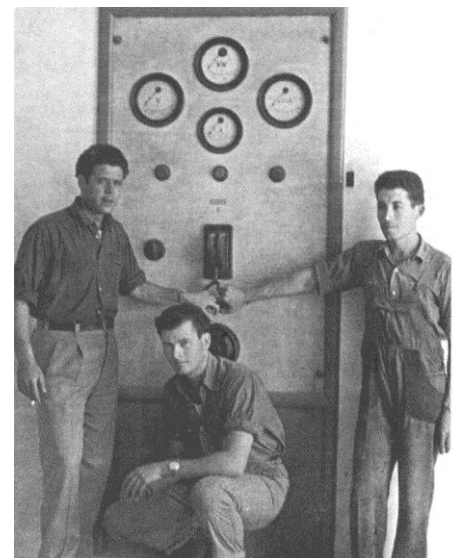
En vista del éxito del negocio y de su creciente prosperidad, se instaló al poco tiempo otra cabeza de hilatura y dos nuevas calderas, organizándose además talleres de mecánica y de carpintería para cumplir con el cometido del mantenimiento de las máquinas. Al objeto, además, de alimentar las calderas, se construyeron cerca de la chimenea dos grandes estanques, cada uno con capacidad para 1.800 m³ de agua extraída de pozos subterráneos del gran manto freático que recorre el subsuelo de la ciudad.

A los pocos años, tras la construcción de una sección de tintorería, ochenta telares de distintas medidas entraban en funcionamiento al unísono. Las naves de depósito y almacenaje estaban separadas de la fábrica por una sección de corte, donde, en unas mesas muy amplias, los obreros y tejedoras cortaban las arpilleras en todos los tamaños requeridos para sus diferentes usos. Al tiempo, cada saco llevaba una marca distintiva estampada en tinta con el logotipo requerido por cada empresa. Los sacos abastecían las industrias locales, provinciales y nacionales de azúcar de caña, arroz y cereales.

La prosperidad de la industria permitió a Manuel Alpérez construir un gran estanque con cisnes en su recién inaugurada mansión justo al lado de la fábrica. A su muerte, otro gran financiero llamado D. José Lissen Hidalgo adquirió la fábrica en 1918, cambiando el nombre de la factoría por YUTE, S.A. La bonanza económica del nuevo negocio alcanzó tal punto que, para la década de 1920, hubo de incorporar tres turnos sucesivos durante las 24 horas del día para



Haciendo arreglos en la chimenea. Década de los 40, siglo XX.



Trabajadores frente a un cuadro eléctrico. Década de los 50. Siglo XX.



Trabajadora cosiendo sacos de arpillera. Años 50. Siglo XX.

abastecer la demanda de hilados que la fábrica presentaba. A mediados de esa misma década, Lissen sustituyó las antiguas máquinas de vapor ya anticuadas por nuevos motores eléctricos independientes de 300 y 200 caballos de potencia respectivamente, junto con un cuarto eléctrico de transformadores —que aún subsiste— con sus cuadros de distribución correspondientes.

Desgraciadamente, un gran incendio en 1926 destruyó toda la sección de alpargatería, pero permitió aumentar el área de las naves para almacenamiento de materia prima y de sacos ya fabricados. El incendio permitió incorporar nueva maquinaria y la producción continuó adelante sin problemas hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936.

Con la llegada del conflicto nacional y el cierre de las fronteras al exterior, el abastecimiento de yute se vio comprometido, empezándose a utilizar un producto local, el esparto, que no daba los mismos buenos resultados y que además producía frecuentes averías en la maquinaria.

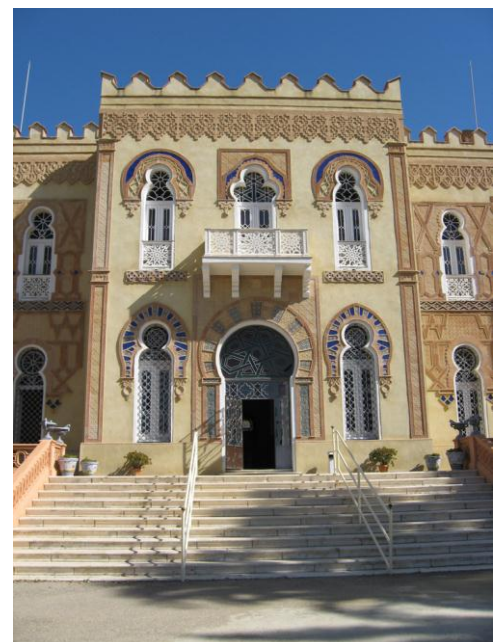


Una vez finalizada la contienda civil, la fábrica se hallaba de nuevo a pleno rendimiento produciendo máximos de 18.000 sacos de arpillera de yute en tres turnos de ocho horas diarias, lo cual permitía una producción de casi 2 millones de sacos anuales.

En 1960, los herederos de Lissen se asociaron a una empresa francesa que presentó como primer objetivo la modernización y automatización de las máquinas de hilado y de tejido, hasta que se alcanzó el objetivo de que una sola mujer fuera capaz de controlar ocho

máquinas de hilado por sí sola. Evidentemente, como era de esperar tras este sustancial avance técnico, las primeras regulaciones de empleo y los primeros despidos irreversibles llegaron al poco tiempo de esta renovación. Muchos obreros optaron por dedicarse a tareas de mantenimiento y de limpieza y otros decidieron acogerse a una jubilación anticipada.

En 1962, otro fatal incendio, desencadenado por un cortocircuito en un interruptor de uno de los motores, hizo que se quemara gran parte de la sección de hilatura, lo cual fue aprovechado para sustituir los techos de madera de las naves por otros de chapas metálicas y se introdujeron las máquinas más modernas de hilado que hasta la fecha existían en ese momento, instalándose igualmente humidificadores especiales para facilitar el descartado y extractores de polvo para limpiar





el ambiente, que causaba con frecuencia problemas respiratorios entre los trabajadores. Poco tiempo más tarde, la iluminación eléctrica de la fábrica pasó de simples bombillas convencionales a los actuales tubos fluorescentes, además de sustituir chapas metálicas del techo por otras semitransparentes fabricadas en materiales plásticos derivados del petróleo, como el porexpan, al objeto de mejorar la entrada de la iluminación natural. Se habilitaron servicios, aseos, duchas con agua caliente y comedores y, en vista del peligro que desde el pasado siglo habían supuesto los incendios fortuitos, se dotó a todo el edificio de un sistema de extinción con redes de tuberías y bocas de riego especiales.

La escalada del uso de productos derivados del petróleo y los cambios de hábito en las empresas usando sacos plásticos en vez de textiles produjo la primera gran recesión de la fábrica, que se vio en parte amortiguada por la comedia demanda de hilo y tejidos solicitados por las fábricas de alfombras de Crevillente, en Valencia. Sin embargo, el cierre de la empresa era ineludible y a comienzos de los 70 del

siglo pasado sólo un pequeño grupo de obreros estaba dispuesto a crear una cooperativa para tratar de salvar el futuro de la fábrica, aunque las pérdidas eran insostenibles sin financiación externa y el cierre definitivo tuvo lugar el año 1972.

Durante varias décadas, la fábrica permaneció cerrada y abandonada a su suerte amenazando ruina y todos los intentos de rehabilitarla para otros usos fueron totalmente infructuosos. Finalmente, a finales de los 90, en una época en la que la conciencia social e institucional sobre la protección del Patrimonio Industrial era casi nula, el Ayuntamiento de Dos Hermanas dio permiso para el derribo de gran parte del solar para su destino como suelo urbano, donde se construyeron hasta hace pocos años la misma —y excesivamente cara— serie de casas adosadas que podríamos encontrar en cualquier ciudad moderna de España, paradójicamente con un claro tinte de estilo inglés.

De la fábrica sólo se pudo salvar, quizás en parte debido a la presión popular y tal vez a la toma de conciencia de algunos políticos, la chimenea, un antiguo depósito de agua y la caseta del transformador eléctrico de la empresa.

Sin embargo, tras unos años de total abandono y expolio, se recuperó y preservó íntegramente el bello Palacio Alpérez, de estilo neomudéjar, y sus extraordinarios jardines. Primero se reutilizó como sección de un hospital cercano, luego como residencia infantil y hoy, finalmente, reconvertido y restaurado, en centro cívico municipal y Hogar del Pensionista.

